

## San Juan Bosco

"Es uno de los hombres que más han trabajado en el mundo" ha dicho de él un biógrafo. Apóstol de los niños y de la recuperación social de los jóvenes, por medio de sus famosos "Oratorios Festivos". Ya desde muy niño se desarrolló en su corazón el ansia de apostolado entre sus compañeros; llegando en su época de estudiante a instituir la "Sociedad de la alegría", que él animaba con su hermosa voz y sus habilidades cómicas y de prestidigitación. Fue su lema: Trabajo y Piedad. Y el sello de su espiritualidad, una intensa devoción a la Santísima Virgen. Éstas son las consignas que dejó en herencia a los suyos. - Fiesta: 31 de enero. Misa propia.

El día 16 de agosto de 1815, en una modesta casa de Becchi (Italia) y nacido de padres cristianísimos, Francisco Bosco y Margarita Occhiena, vino al mundo el que había de ser gran apóstol del siglo xix y uno de los taumaturgos más imponentes de los tiempos modernos.

A sus dos años escasos, perdió a su padre. Y desde entonces -como él mismo dirá-, todo se lo deberá a su madre, mujer inteligente y ejemplar, fuerte y virtuosa, que mostró en su viudez un gran temple de espíritu, cuidando del cultivo de las tierras por su marido dejadas y de su administración, haciendo frente a todas las dificultades y dando a los hijos una primera educación piadosa y recia, que había de calar hondamente en sus almas.

Era Juan juguetón y travieso, aunque no rebelde, ni discolo bien parecido y animoso. A sus seis años apacentaba el ganado en la pradera, aprovechando el tiempo para levantar su corazón a Dios y admirar las maravillas por Él sembradas en la naturaleza.

Expeditivo y despejado, al retornar del campo un atardecer, logra por estos tiempos recobrar un pavo robado, sorprendiendo y confundiendo al ladrón.

De esta época es también la llamada "aventura del duende misterioso", acaecida en Capriglio, pueblo natal de Margarita, y en casa del abuelo materno.

Una noche, mientras en familia se contaban cuentos de duendes, oyéronse ruidos extraños, procedentes del granero. A todos les dio por asustarse y recelar, y comenzaron a exclamar: "¡Un duende, un duende!"

Juanito se levanta; y sin más, con sereno ánimo, cogiendo una lámpara de aceite, emprende la subida al granero; le siguen con miedo y cautela los demás.

En el suelo, iba moviéndose un cesto boca abajo. Contra el parecer de todos, Juanito lo levanta muy decidido con sus manos... y aparece una gallina dando tumbos.

Por encargo expreso de la madre, un aldeano bastante instruido enseñó a nuestro santo las primeras letras.

A sus nueve años tiene Juanito un sueño famoso: está en una gran llanura, rodeado de numerosos niños; algunos de los cuales blasfemaban, por lo que él se lió a puñetazos con los tales; un Personaje, cubierto de blanco manto, le advirtió que sólo con buenos modales y dulzura los conquistaría, no a golpes.

Al preguntar quién era, "Yo soy el Hijo, contestóle, de Aquella a quien tu madre te enseñó a saludar tres veces al día", apareciendo entonces una Señora, vestida de manto refulgente sembrado de estrellas, que, como Maestra para ayudarle en su labor, "Mira", le dice; y al instante, los niños aquellos fueron convertidos en osos y perros: mas, al contacto de la Señora, se trocaban en mansos corderos.

La Señora, entonces, poniéndole una mano sobre la cabeza, le dijo: "Todo lo comprenderás a su debido tiempo".

Al referir Juan este sueño a los suyos, todos lo comentaban con risas. Solamente la madre dice: "¡Quién sabe, hijo mío. si algún día serás sacerdote!, y entonces...".

Este sueño decisivo inicia en Juan su apostolado: adoctrina desde entonces a los niños: especialmente los sábados al atardecer, en su arado, alternando juegos y rezos, volatines y píruetas, y cánticos piadosos. A los diez años de edad, en la primavera de 1826, recibe la Primera Comunión, preparado para ella especialmente por su propia madre, que le acompaña en tan solemne momento.

A sus doce años, estudió con Dom Calosso, un sacerdote ejemplar, que, prendado de las cualidades que en él descubre, le ofrece su ayuda: más tarde sirve un tiempo como doméstico en casa de los Moglia, reanudando al regreso sus estudios con el mismo sacerdote. interrumpidos poco después, por desgracia, al fallecer tan excelente maestro.

A los dieciséis años de edad asiste a las Escuelas públicas de Castelnuovo para perfeccionar el latín; pasando, el 1831, a Chieri para incrementar e intensificar sus estudios.

Durante las vacaciones, en su aldea, y los días festivos en la ciudad, continúa en la práctica de adoctrinar a los niños, divirtiéndolos a la vez con juegos y pasatiempos.

Aconsejado por otro virtuoso sacerdote, Dom Cafasso, entra en el Seminario de Chieri, vistiendo en octubre de 1835, a los veinte años de edad, la sotana clerical.

Tras los estudios pertinentes del Seminario, y sin perder la atracción hacia sus compañeros, más activo y animoso cada día en instrucciones catequísticas, clases dominicales, etc..., en junio de 1841 es ordenado Sacerdote de manos de Monseñor Fransoni, arzobispo de Turín, celebrando la primera Misa en la iglesia de San Francisco de Asís, de Castelnuovo, donde pasó los primeros meses de su sacerdocio.

El 8 de diciembre de aquel 1841, acogió Dom Bosco en la sacristía de San Francisco de Asís a un jovencito que halló en ella, despedido fríamente por el sacristán, por no saber ayudar a Misa; era Bartolomé Garelli, el primer niño llamado por el Santo para emprender su providencial misión; acababa de iniciar su primera obra: el Oratorio Festivo.

El domingo siguiente, volvió Garelli, con otros niños, y de este modo sucesivamente fueron alimentando los adoctrinados "en poco tiempo estuve rodeado de jovencitos", dirá luego el Santo.

Al ser destinado Dom Bosco por Director espiritual del Hospital de Valdocco, los niños no le dejan; se hace el Oratorio allí, debiendo habilitarse el Hospital, dos dependencias para Capilla de sus discípulos. Mas como el Oratorio siguiera creciendo, reunió luego a los muchachos en las cercanías de la iglesia aneja al cementerio de San Pedro, y después en la Capilla de San Martín, a orillas del Dora; tomando a la vez luego, en arriendo, un prado cercano para divertimento de la numerosa chiquillada.

El Oratorio crecía, pero no todo serían facilidades. Algunos sacerdotes y párrocos de Turín, se quejan de Dom Bosco al arzobispo, creyéndole loco, al verle entretenido entre los niños y jugando, si preciso es, con ellos... En cierta ocasión tratan incluso de conducirle, en coche, a un sanatorio: dos eclesiásticos invitan a Dom Bosco para que salga a respirar aire puro. "Un magnífico coche nos espera", le dicen.

"Aceptado", responde el santo; y cogiendo su sombrero les sigue. Llegados a la calle y ya al pie del carruaje, como le invitasen aquellos a subir, "¡Uh!, no, ¡sería una descortesía!... ¡primero ustedes!", dice Dom Bosco.

Consienten ellos y, apenas se acomodan, cierra nuestro santo rápidamente la portezuela y dice al cochero con voz estridente "¡Al manicomio!".

Tales contratiempos y disgustos le hacen enfermar, siendo asistido cuidadosamente por su madre y su fiel amigo Dom Borel. Y cuando, restablecido, sale de sus habitaciones, se encuentra que sus niños habían alfombrado con flores el sendero que conducía a la Capilla.

Ante el crecimiento constante del Oratorio y después de esta enfermedad, Margarita decide quedarse para acompañar a su hijo.

¡El Oratorio de Valdocco es entonces una maravilla de ternura!

En 1847 inaugura un nuevo Oratorio (de San Luis) y en 1849 otro (del Ángel de la Guarda) en Vanchiglia. Con ellos y definitivamente fundamentados los Oratorios en su primera y heroica etapa inicial, en la que mientras la madre cocinaba, Dom Bosco acarreaaba el agua, barría, y, puesto el delantal, hacía la sopa, llegamos a la segunda etapa gloriosa ya y social, consagrada a ganar para Dios a la juventud obrera y artesana.

En este segundo período, implanta Dom Bosco los Talleres de Artes y Oficios, empezando por la zapatería y siguiendo las de sastrería luego, encuadernación y tipografía, carpintería y ebanistería.

Acogía Dom Bosco siempre a todos los niños, aun a los más difíciles y discolos, con sonrisa plácida y bondadosa.

Un cardenal quiso comprobar por sí mismo los frutos del apostolado, llevándose un día, al efecto, a nuestro santo en coche a la plaza del pueblo. Llegados allí, apéase Dom Bosco, quedándose el cardenal dentro, observando; aquél se llega hasta un grupo de chiquillos, hablándoles paternalmente y obsequiándoles con regalos, sin interrumpir sus juegos, antes bien tomando él mismo parte en ellos. A los pocos minutos, la totalidad de los chiquillos de la plaza rodeábanle alborozados, siguiéndole con algarabía al partir el coche, cautivados por la bondad y dulzura que del mismo emanaba.

Para mejor atender al cuidado espiritual de sus muchachos y desarrollo definitivo del Oratorio, levanta una iglesia, que dedica a San Francisco de Sales.

Continúa teniendo frecuentes sueños, o visiones, en los que claramente comprende debe fundar o instituir una Congregación Religiosa que, siguiendo sus métodos y enseñanzas, eduque a las juventudes, especialmente obreras. Así nace la Sociedad o Congregación Salesiana, cuyos primeros miembros profesaron en 1859 y que fue definitivamente aprobada en 1868.

Su amor y gran devoción fue la Santísima Virgen, a la que ya en su primer sueño de niño viera como Colaboradora y Maestra. Le hace ponerlo todo siempre bajo su manto y amparo, en la advocación dulce de Auxilio de los Cristianos o "María Auxiliadora".

En 1865 logra poner la primera piedra del Santuario a Ella dedicado, que, a fuerza de sacrificios y casi milagros de la Señora, consigue ver terminado dos años más tarde. Con el Santuario-Basilica nace seguidamente la Archicofradía de María Auxiliadora.

Queriendo aplicar las normas que instituyera para rescatar a los niños, que tan maravillosos resultados estaban dando en sus Oratorios Festivos, de igual forma y con idénticos fines, para la educación de las niñas y jovencitas, en mayor peligró, si cabe, funda en 1872 la Congregación de Hijas de María Auxiliadora.

También instituye luego, para que sus muchachos no pierdan el contacto y formación habidos, la Asociación de Antiguos Alumnos; y por fin, en 1875, consigue la "Pía Unión de Cooperadores Salesianos", a manera de Tercera Orden.

El año 1877, a instancia de sus Hijos e Hijas, redacta el Reglamento con las normas de su ideario: religión y razón, paz y paciencia; amor y piedad; oración y recreo.

Todo en Dom Bosco era bondad, que irradiaba amor y alegría, cautivando a todos, hasta el extremo de que quienes le conocían o de él tenían referencia volaban a su encuentro o se confiaban a él sin recelo. Ello también sucedió con los presos de la cárcel de Turín en 1855, logrando un día que más de 300 de ellos salieran con él de recreo, sin que ni uno solo faltara al regreso.

A sus niños era frecuente oírle cómo les decía: "Jugad, corred, divertíos, pero no cometáis pecados: sed siempre alegres, animosos y joviales".

Confesaba a los pecadores, adivinándoles los pecados, logrando así innumerables conversiones, sobre todo de pecadores moribundos, a quienes preparaba al último trance con habilidad piadosa.

Consolidadas ya sus Obras es requerido nuestro santo para que acuda a diversas naciones, y en todas partes le interesan establezca Oratorios y Colegios... Viaja por toda Italia, Francia, Austria y España.

En 1886 visita a Barcelona, donde permanece desde el 8 de abril al 6 de mayo, residiendo en la Fundación que pocos años antes establecieran sus Hijos en Sarriá, a requerimientos de la piadosa dama barcelonesa doña Dorotea de Chopitea.

Las habitaciones que entonces ocupara nuestro Santo se hallan hoy convertidas en devota Capilla, dedicada al mismo y en la que se recogen y guardan sus recuerdos y los enseres que usara.

De este viaje es el hecho milagroso que le ocurrió cuando se acercaba a la Ciudad Condal; entre sueños y al acompañante ritmo del trepidar del tren, oía Dom Bosco una voz que monótona e insistentemente repetía "Tibi dabo", "Tibi dabo"... , que él entonces no comprendía; pero cuyo trascendental sentido le quedó plenamente aclarado cuando, durante su estancia en la ciudad, le visita una comisión de la misma, para hacerle donación de la cumbre de la montaña "Tibidabo", con el ruego de que levante en ella una ermita al Sagrado Corazón de Jesús.

"No una ermita, sino un gran templo, se alzará sobre esa montaña", profetizó Dom Bosco.

La actividad del Santo no conoce límites en ningún campo del apostolado. A la vez que atiende a nuevas fundaciones de Casas, resuelve consultas que le hacen Príncipes de la Iglesia, el Papa, y hasta ministros del Régimen italiano; su fama se extiende más cada día y su nombre es ya popular, corriendo las gentes tras él, a solicitar su bendición.

En 1887 tiene aún la dicha de contemplar terminado el templo-basilica al Corazón de Jesús, en Roma. Poco después, se retira a descansar a las Casas Salesianas próximas a Turín, que frecuentemente visitaba.

Su santa muerte ocurre, más por agotamiento que por enfermedad, a las cinco menos cuarto de la mañana del 31 de enero de 1888.